

LXXIV.

Venganza.

—¡Hasta de aquí á un mes!—repitió Manuel luego que se hubo quedado solo—algo darías por poderme ver entónce, víbora! Por fortuna necesito ménos tiempo para vengarme, ¡y qué venganza!

Manuel se exaltaba hablando consigo mismo y habia ido elevando gradualmente la voz á medida que hablaba hasta llegar á pronunciar las últimas palabras bastante alto.

Al oír el metal de su propia voz se detuvo asombrado en medio de los paseos que daba por el salon.

—Soy un niño—se dijo—¡si alguno me escuchara! pero nó; estoy solo, enteramente solo—continuó sonriendo—tengo en mis manos la suerte de ese chico..... aunque bien reflexionado, ¿por qué habia de tomar venganza de él cuando nada me ha dicho, cuando me ha tendido la mano con una confianza que raya en necedad? ¿Por qué? porque..... ¿quién sino él ha ido á consultar con Ramon lo que le pasaba?..... Si él

no hubiera puesto á su amigo al tanto del negocio de los cuadros, este no habria tenido pretexto para insultarme, y ¡de qué modo! ¡en mi propia casa!..... jamas habria yo creído en semejante audacia..... es preciso vengarse, y vengarse de los dos de una manera cruel, de una manera terrible.....

En aquel momento entró á la pieza donde se hallaba Manuel una criada, y le dijo con voz tímida:

—Preguntan por vd., señor.

—Dí que no estoy en casa.

—Es qué.....

—Haz lo que te mando.

La criada salió, y Manuel continuó paseándose de arriba abajo en la sala acariciando sus ideas de venganza y exaltándose á medida que maduraba sus proyectos.

No habian pasado dos minutos cuando la criada entró de nuevo, y Manuel la encontró frente á frente al cambiar de direccion en sus paseos.

—¡Todavía estás aquí!—le dijo con acento colérico.

—Ese señor insiste en ver á vd.

—Ya te he dicho mil veces que no estoy, ¿lo entiendes? repítele á esa persona que no estoy en casa, y si se empeña en verme, díle de una vez que no me dá la gana de recibirle, clarito.

—Buen modo tiene vd. de recibir á sus amigos, señor D. Manuel—dijo una voz burlona á la espalda del mason—¿y se podrá saber el motivo de una conducta que pega tan poco con la exquisita urbanidad que todos le reconocemos?

Manuel se volvió furioso como un gato á quien le acabaran de pisar la cola; su frente se puso sombría, sus ojos brillaban como dos carbunclos, su rostro estaba encendido de ira, sus labios trémulos y secos, dejando ver á sus extremidades algunas burbujas de sanguinolenta espuma, y otro que no

hubiera sido el que le interpelaba habría temido al verle en semejante estado; pero al aspecto de aquel hombre que se introducía de una manera tan extraña en su casa, la fisonomía de Manuel cambió de repente como por encanto; su frente se serenó y algo como un relámpago la iluminó de súbito; el brillo de sus ojos tomó otro carácter, el vivo carmin de sus mejillas se desvaneció poco á poco, y sus labios se plugaron con una amable sonrisa.

El hombre que tenía delante era Ludovico Velletri, el hermano terrible de la logia, el espía, el asesino pagado por los masones, el único hombre tal vez á quien Manuel podía confiarle sus proyectos de venganza, y el único, á no dudarlo, capaz de servirle eficazmente para llevarlos á cabo. El infierno mismo se le enviaba en los momentos en que la humillación que acababa de sufrir hacía aun hervir la sangre en sus venas.

—Sea vd. el bienvenido á esta casa, señor Velletri—le dijo dulcificando la voz á un grado extraordinario—cuando no se sospecha un honor semejante no es extraño que se den órdenes que en manera alguna hablan con personas tan apreciables como vd. Sírvase vd. sentarse.

—Gracias, señor D. Manuel, ya me iba extrañando el recibimiento, tanto mas cuanto que el asunto que me trae á su casa no puede ménos de agradarle.

—¿Pues de qué se trata?

—Digo..... relativamente; porque aunque es un testimonio del justo y merecido aprecio que le tienen á vd. los hermanos, como se trata de un amigo suyo.....

—Vamos, hable vd., señor D. Luis, que ardo en deseos de saber lo que tiene que comunicarme—contestó Manuel apresurando la pronunciación de las palabras y comprendiendo que una infernal casualidad le permitía comenzar desde lue-

go su obra de venganza sin comprometerse en lo mas mínimo.

—Vd. presentó en la logia á un amigo suyo para que fuera recibido como aprendiz.

—Sí, á Mauricio de Gonzaga.

—La influencia que vd. ha logrado adquirir entre nosotros con sus propios méritos, ha hecho que ese señor Mauricio fuera iniciado en los grados superiores.

—¿Y bien?—preguntó Manuel.

—Se sabe, á no dudarlo—respondió Ludovico acentuando cada una de sus palabras y fijando en Manuel una mirada indagadora—que no contento el nuevo hermano con querer defraudar á la órden de los derechos que ha causado y justamente debe satisfacer, la traiciona revelando sus secretos.

—¡La traiciona!—exclamó Manuel que apenas podía contener su júbilo al oír estas palabras.—¿Y hay pruebas de semejante crimen?

—¡Las tengo terribles!

—¿Y podré saber?.....

—No es un misterio, puesto que en la tenida de esta noche se dará lectura á la plancha que como acusador he presentado, y en la que está plenamente probado el crimen; su propia esposa refiere á cuantos quieren oirla que su marido está condenado, que es mason, y á voz en cuello repite algunas frases de la comunicacion que se pasó á Gonzaga excitándole á pagar lo que adeudaba.

—¡Se puede dar mayor infamia!—dijo Manuel fingiendo indignacion.

—Es claro—continuó Ludovico—que así como le ha revelado á su esposa el contenido de la comunicacion, no le habrá ocultado tampoco los secretos y misterios de nuestra órden.

—Muy lógico es suponerlo.

—Su mujer le domina de una manera increíble, es un muñeco en sus manos.

—Crea vd., querido señor Velletri, que si semejante cosa hubiera sabido no le habria propuesto; un hombre débil que se deja dominar por su esposa y tiene la debilidad de comunicarle cuanto le pasa, no puede ser uno de los firmes sostenes del templo.

—Indudablemente.

—¿Y qué pena pide vd. contra él?

—La exclusion absoluta.

—¿La exclusion absoluta! ¿pero en qué piensa vd., querido señor Velletri? ¿qué puede importarle á un mal mason el ser excluido de nuestro seno? ¿no se excluye él mismo en el hecho de traicionarnos? es un hijo espúreo y nuestro abandono no debe ser su única pena. Pida vd. la persecucion.

—¿La persecucion!—dijo asombrado Ludovico—pero la persecucion es peor que el exterminio.

—¿Y qué! la pena de persecucion consiste en impedir todo bien en el órden profano al que mereció ese castigo; todo mason tiene obligacion de no perder de vista al sentenciado y de impedirle todo adelanto en sus intereses y todo bienestar, ¿qué ménos puede hacérsele á un hombre que se introduce arteramente en el seno de nuestra sociedad para sorprender sus secretos y venderlos?

—Siendo amigo de vd.....

—Los enemigos de la sociedad á que pertenecemos no pueden ser amigos nuestros; si lo fueron alguna vez, su culpa es doblemente grave y el castigo debe ser proporcionado al delito.

—Señor D. Manuel—dijo encantado Ludovico que se hallaba en uno de sus momentos de odio contra Mauricio—tengo que pedirle á vd. mil perdones.

—¿A mí! ¿de qué?

—Hubo dias en que tuve á vd. por mal hermano y en que le llegué á confundir con ese miserable; le doy á vd. mil disculpas por esa injuria de pensamiento que le inferí.

—Está vd. perdonado, señor Velletri; cada uno es dueño de pensar lo que quiera de otro, y cuando un pensamiento equivocado se repara de una manera tan digna y tan noble como vd. lo hace en este momento, la pretendida ofensa se convierte en un motivo de satisfaccion.

Ludovico se inclinó y estrechó en su mano calenturienta la mano que le tendia Manuel.

—Con que está dicho—continuó este—trabajaremos de acuerdo para que se le aplique á Mauricio la pena de persecucion.

—Necesitamos pruebas, y pruebas terribles, para hacer caer sobre él semejante anatema—respondió Ludovico que no habia perdido aun por completo la bondad de su corazon y que solia experimentar movimientos de justicia, aunque prontos como relámpagos, y que eran como destellos de los remordimientos que agitaban su alma.

—¿Pruebas!—repitió Manuel—¿y que mas dá? las tendremos; ¿no está vd. convencido de su crimen? ¿no lo estoy yo mismo?

—¿Convencido!..... yo no he dicho tanto.....

—Pero lo hemos inferido.

—Es cierto.

—Ademas, Mauricio no será condenado sin que se le oiga.

—Claro está.

—Procuraremos tambien informarnos de si su esposa está ó nó enterada de los secretos masónicos.

—¿De qué manera?

—Tenga vd. la bondad de verme dentro de tres dias; ma-

duraré un plan, y vd. mismo se convencerá, hablando con María, de si en tan frágil arca ha depositado ó nó Mauricio los secretos de la órden—respondió Manuel por cuya mente acababa de pasar rápidamente una idea diabólica que quería ordenar y poner en práctica.

—Entóncees, hasta la vista, señor D. Manuel, reitero á vd. mis protestas y disculpas.

—No hablemos mas de eso—contestó Manuel, acompañando á Ludovico hasta la escalera—hasta pasado mañana.

—Hasta pasado mañana.

## LXXV.

## Plan de conducta.

Luego que Mauricio y Ramon se encontraron fuera de la casa de Manuel, el futuro historiógrafo de los jesuitas se volvió á su amigo y le dijo con aire de triunfo:

—¡Le hemos confundido!

—Sí—contestó Mauricio—pero algo me dice en mi corazon que nos hemos proporcionado un enemigo mortal. Manuel no es de los que perdonan.

—Me tiene sin cuidado su enemistad, Mauricio—contestó Ramon encogiéndose de hombros—ya una vez supo lo que eran mis puños, y se guardará muy bien de jugarlos alguna mala pasada por respeto á ellos.

—Hay ataques que no se evitan con la fuerza física—dijo Mauricio que se hallaba agitado por un vago presentimiento, y á quien su falta de mundo y su timidez no le impedian ver en la manera con que se habia despedido de ellos Manuel una amenaza terrible para el porvenir—Manuel es poderoso y